



La Santa Sede

DISCURSO DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II AL MOVIMIENTO APOSTÓLICO DE CIEGOS DE ITALIA

Sábado 9 de diciembre de 1978

Queridos hijos:

Expreso, ante todo, mi alegría sincera al encontrarme hoy con vosotros, consultores eclesiásticos, consejeros nacionales, delegados misioneros de más de 60 grupos diocesanos del "Movimiento Apostólico de Ciegos" de Italia, que celebra en estos días el 50 aniversario de su fundación.

A mi alegría se une la viva satisfacción por los méritos que el Movimiento se ha granjeado en estos largos años, jalonados por el sacrificio silencioso, por el compromiso serio, por la dedicación constante a fin de estimular y ayudar a los hermanos invidentes —niños, jóvenes, ancianos— para que se inserten de manera personal y responsable en la vida de la Iglesia y de la sociedad civil, para que maduren interiormente el propio itinerario con Cristo, para que ofrezcan un testimonio externo, coherente y límpido, de la propia profesión de fe en el mensaje evangélico.

La bondad y la fecundidad de vuestras actividades multiformes han tenido su confirmación en la exigencia ineludible de expandir y dilatar también vuestras iniciativas en favor de los invidentes del Tercer Mundo: podemos decir que desde hace 10 años vuestro Movimiento ha establecido puestos misioneros en Brasil, Guinea Bissau, en el Imperio Centrafricano, Kenia, Sudán, en Tanzania, Uganda, en realidad, en toda África. ¡Estupendo! ¡Realmente estupendo! He leído con profunda emoción las relaciones que trae vuestra hermosa revista.

Esta proyección mía y vuestra sobre el pasado, ciertamente es motivo de complacencia y satisfacción; pero hay que proyectarse también y sobre todo al futuro: millones de hermanas y hermanos invidentes en todo el mundo esperan de nosotros, si no el prodigio de la curación, sí, la comprensión, la solidaridad, el afecto, la ayuda; en una palabra, nuestra auténtica caridad, fundada en la fe. Y es precisamente esta fe la que debe actuar en nosotros mediante la caridad

(cf. *Gál* 5, 6), como nos advierte San Pablo. Tened muy presente la recomendación de Jesús: «Así ha de lucir vuestra luz ante los hombres, para que, viendo vuestras buenas obras, glorifiquen a vuestro Padre, que está en los cielos» (*Mt* 5, 16).

Continuad con entusiasmo, con interés vuestro trabajo apostólico. No os dejéis abatir por las dificultades o el desaliento. Me gusta aplicaros las palabras, tan actuales; que San Ignacio, obispo de Antioquía, martirizado en Roma hacia el año 107, dirigía a los cristianos de Efeso: «Como al árbol se lo conoce por sus frutos, así a quienes se llaman discípulos de Cristo se los conocerá por sus obras. Hoy no es cuestión de profesar la fe con palabras, sino que es necesaria la fuerza íntima de la fe viva y operante para ser hallados fieles hasta el fin» (*Carta a los Efesios*, XIV, 2).

Sobre todos vosotros, sobre todos los miembros del Movimiento, sobre todos los invidentes, invoco la gracia, la fuerza y el consuelo de Cristo. «luz del mundo» (cf. *Jn* 1, 5. 9; 3, 19; 8, 12; 9, 5; 12, 46), y os doy, de todo corazón una especial bendición apostólica.